

## Prólogo

### Seguimos contando el cuento

No hay ninguna garantía de que haya *Cuentos felinos 11*, así como tampoco la hubo para que se editaran *Cuentos felinos 1*, *Cuentos felinos 2...*, *Cuentos felinos 9...* *Cuentos felinos* llega al número 10, una buena cifra para cerrar una colección inusual en la narrativa de este país.

Dado los innumerables tropiezos de todo camino, este volumen, como los anteriores, ha sido construido como el último de la serie, y el mejor de todos. Porque superarse en cada edición quizá sea lo único que ha alimentado esta aventura, como al hombre que le anuncian la muerte en cada amanecer y emprende la tarea de ponerse al día con sus deberes e imposibles, antes de que sean las seis de la tarde: una hora que siempre está a punto de sonar en alguna parte de la casa.

¿Cómo llegamos hasta aquí? La línea puede ser tomada de la chaqueta de Vito Corleone, el capo de capos de *El padrino*. Es una pregunta pertinente por la sencilla razón de que su formulación no exige una respuesta unívoca. Tampoco creemos que alguno de los autores regulares de la colección sepa contestarla. Ni siquiera podría hacerlo Abraham Rumsfeld, el gringo orate, a más de inteligentísimo, que se unió a la causa cuando Guillermo Tedio le planteó su colaboración en medio de una farra en La Troja, en

Barranquilla, y quien, desde esa madrugada de alcoholes y música caribeña, no dejó de sorprenderse cada vez que lo invitábamos a hacerse cargo de un nuevo prólogo. Para él tenemos una nota de gratitud, la cual extendemos, en esta hora de balances, a su amigo, colega y paisano Jonathan Silverman, otro vehemente estudioso de nuestras letras que escribió el prólogo de *Cuentos felinos 6* y compartió otros con Rumsfeld.

Aquí estamos, con las garras apretadas de todo felino, contando el cuento, arrastrando el taburete hasta la esquina siguiente: las vicisitudes a las que nos empuja un destino incierto, por más que, en las páginas de novelas y cuentos, los destinos aparezcan definidos desde la línea inicial. Érase una vez una colección de cuentos en una región... La vida por fortuna no es un cuento redondo o una novela de capítulos pensados, aunque tenga mucho de ambos y los alimente con materiales casi nunca felices.

Los avatares por los que ha pasado la edición de *Cuentos felinos 10* no son ajenos a los que tuvimos con los anteriores números. La tarea ha resultado dispendiosa, ingrata y agotadora en la medida en que aumentó la cantidad de aspirantes a entrar en sus páginas. Para escoger los 13 textos de este volumen, hubo que decirle no a un gran número de cuentos, un tránsito incómodo como quiera que a la colección la animó el propósito ideal de publicar los buenos cuentos que se escriben en el Caribe colombiano y salvar del olvido a los “ruiseñores”, como diría el empirista escéptico libanés Nassim Taleb.

*Cuentos felinos* completa diez años desde cuando, en un estadero de La Ronda del Sinú, en Montería, los queridos felinos Guillermo Tedio, José Luis Garcés González y Rai-

mundo Gomezcásseres propusieron a un solo garrazo hacer una selección con dos cuentos de quienes departíamos en la mesa. El resultado de diez años de trabajo no podría ser más alentador a pesar de los tropiezos, las críticas, las momentáneas deserciones, las enormes ganas de mandar todo a la basura. Actitudes estas muy comprensibles en un país en el que la indiferencia hacia el género es total; tanto que se acabó de manera abrupta e irresponsable el único concurso internacional de cuentos con el que podían soñar ganar los autores latinoamericanos. Se pretendió ofender la memoria del único Nobel de literatura colombiano, cuyo nombre llevaba el concurso, pero en realidad el daño se le hizo a la vigorosa producción cuentística de un continente que, creativa y artísticamente, marcha a la vanguardia, algo de lo que jamás podrán jactarse los oficinistas de la política y la economía, espacios mezquinos, insolentes y de visiones efímeras.

Diez volúmenes de cuentos, la mayoría de ellos auspiciados por una universidad regional —la Universidad del Magdalena— o echando mano a nuestros bolsillos, arrojan como balance algo más de cien textos inéditos dados a conocer en sus páginas, y treinta y dos autores publicados; entre estos, siete mujeres.

El proyecto honra la tradición cuentística de una región que ha parido exponentes de las dimensiones de José Félix Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio, Gabriel García Márquez, Jairo Mercado, Marvel Moreno y Ramón Bacca, y en la que sobran hombres y mujeres dispuestos a darla toda por contar el cuento.

Hemos trazado, si se quiere, una vía en una región con insuficientes medios y rutas de integración. Queda esperar

que otros autores y otras editoriales públicas conduzcan proyectos similares hacia nuevas estaciones. Estamos seguros de que tocará emprenderlos, para que los actos de contar y crear sean por igual los actos de leer, disfrutar, pensar y proponer.

El fútbol y el béisbol producen fútbol y béisbol. Esta ley elemental de los tiempos modernos la conocen al dedillo los chicos y chicas aficionados a estos deportes. El cuento vive para contar cuentos, para generar otros cuentos con sus autores: la única manera que tiene de ser y permanecer en el mundo. Nada más queremos. Tampoco a nada más aspiramos.

Adolfo Ariza N.  
Clinton Ramírez C.

## La número diez

**Martiniano Acosta**

Desde el ala izquierda del campo, Deisy le pone un pase de complicidad. Yelenis contempla cómo el balón dibuja una curva hermosa en el aire que para ella no es un balón, sino el rostro sonriente del abuelo Mateo. Aparece en sus ojos un destello de alegría al confirmar que es la misma sonrisa de su abuelo cuando la llevaba de la mano por el camino destapado para que entrenara, escuchara los rugidos del mar y viera a lo lejos el buque encallado en la playa de la ciudad. Eran los tiempos en que soñaba con ser la mejor futbolista del mundo.

Recibe el balón con el pecho, lo toca con dulzura y demuestra la fortaleza de su fútbol: enfrenta a las contendoras con coraje, sin miedo al choque, brilla su agilidad y utiliza la destreza para gambetearlas y, de un veloz y certero zapatazo, dispara el balón hacia el vértice derecho del arco; la portera española se estira igual que garza blanca en pleno vuelo, pero advierte que, ni las manos enguantadas, ni los brazos extendidos, ni el esfuerzo le alcanzan para tocar el balón y desviarlo. .

Yelenis permanece inmóvil por varios segundos en los cuales observa el balón como mosca atrapada en la red, tiempo suficiente para sentirse bañada por la bendita felicidad deportiva. Se agarra la camiseta y grita:

— ¡Abuelo, ese gol es para ti!

El sudor le corre por las mejillas. Aprieta los labios y, con gesto desafiante, arregla su altanera cola de caballo y se lanza hacia las gradas. Detrás corren sus compañeras. Nadie se queda sin escuchar el grito de gol que sale por los labios de rojo carmín.

Yelenis desliza su cuerpo sobre el césped y rueda un largo trayecto, salta y levanta un brazo en señal de triunfo. Hay una conjunción entre el grito orgásmico del público y el desenfado feliz de Yelenis al festejar el gol de la gloria.

El estadio es un solo vozarrón como música in crescendo. Rugido monumental. El grito de gol recorre el rondel del estadio sin dejar ningún rincón exento de los colores amarillo, azul y rojo.

Las amigas la atrapan y cae de nuevo al césped esponjoso: la abrazan y besan. Nunca la alegría ha sido tan femenina como en esta ocasión. Grita de nuevo:

— ¡Abuelo, eres mi ángel de la guarda!

Ahora en cuclillas, sobre la grama, con la cabeza en alto, recuerda al abuelo Mateo. Recuerda el camino a las prácticas, sin un centavo en el bolsillo, con solo la voluntad de triunfar que la empujaba a conquistar sus sueños. Soportaban la inclemencia del sol en toda su plenitud pegándole en la cara y ella sorbía el sudor a falta de agua. Un poco más allá, el rugido del mar que le encantaba.

Se levanta, no hay espacio para el pesimismo. Ama su vida, su historia de deportista y la de sus amigas. No se le borran las imágenes del vértice derecho, de la red inflada y del rostro de amargura de las jugadoras contrarias.

A sus oídos llega el pitazo final. Camino al camerino, una mariposa de color parduzco va guiándola e ella

intenta apartarla con sus manos, pero el insecto es más veloz y se posa en los accesorios en los que se lee: «Yelenis, Número 10».

Yelenis observa que la mariposa abandona el camerino, y entonces recuerda aquella frase que el abuelo siempre le repetía:

—El día que representes a Colombia y metas un gol, ese día, por fin, entenderé a qué sabe la felicidad.

Deisy y las otras chicas del equipo aparecen a su lado, jadeantes. Alguien pide abrir una botella de champaña.

24 de octubre de 2023  
Santa Marta, cerca del mar



# El muerto

**Adolfo Ariza Navarro**

El hombre, vestido como astronauta, me conduce a la morgue y me entrega el cuerpo. De nada sirve que yo le explique que solo vine a cumplir una cita médica. El cuerpo está embalado en una bolsa negra de polietileno, al igual que los demás que ocupan las otras mesas. El hombre ha revisado una por una las etiquetas hasta dar con el muerto indicado.

«Es este», me dice.

Me pide que no lo vaya a abrir, como han hecho otros dolientes, dizque para comprobar la identidad. Le digo que descuide: que, en mi caso, no es necesaria la advertencia, pues yo no soy un doliente, sino alguien que ha venido a cumplir una cita médica. De hecho, me da lo mismo que sea este o cualquier otro muerto. Al hombre le gusta mi actitud; dice: «Si todo el mundo fuera como usted, la pandemia no hubiera adquirido tan graves proporciones».

Me hace firmar una planilla en la que me muestro conforme con la diligencia y hace llamar al chofer del coche fúnebre. Le digo que no es necesario, que yo bien puedo echarme el cuerpo al hombro y buscar un taxi. El muerto está cubierto con varias bolsas plásticas, de modo que no hay peligro de contaminarse. Sin embargo, el hombre, muy

amable, me dice que no puede romper el protocolo e insiste en hacer llamar al chofer.

El llamado coche fúnebre es un pequeño furgón blanco sin ningún tipo de identificación a la vista. El chofer, vestido de la misma manera que el encargado de la morgue, me pregunta a cuál cementerio nos dirigimos. Le digo que, para mí, cualquiera que él elija está bien; que confío en su buen criterio; que, además, él debe tener más experiencia que yo en este tipo de trances; que yo nunca he enterrado a un muerto.

El chofer me pregunta si he venido en mi propio auto. Le digo que no, que no tengo auto. Me dice que entonces tendré que viajar en el furgón con el cuerpo; que le hubiera gustado que lo acompañara en la cabina, para hablar un poco durante el trayecto, pues su trabajo es muy solitario, pero, aduce asuntos de seguridad personal. «Usted ya sabe», dice. No le doy color al asunto y entro al furgón, acompañando al que ahora es mi muerto.

El vagón es muy estrecho y, prácticamente, me toca viajar abrazado al cuerpo. Huele a desinfectante. La verdad, no reparo en el peligro del contagio. Me anima pensar que estoy haciendo una buena obra y el hecho de que, al final, un muerto no sabe ni le interesa saber quién lo va a enterrar. Este muerto, por ejemplo, no va a sacar la cabeza de la bolsa para decir que no quiere que yo lo sepulse. No faltaría más. Si yo estuviera en el lugar del muerto y alguien me llevara a enterrar, tampoco me pondría a gritar que no quiero ser enterrado por un desconocido.

El muerto debió ser muy flaco en vida. Su cuerpo me recuerda el mismo volumen que forman las herramientas de un albañil guardadas dentro de un costal. No es tan largo;